

Propiedades materiales: herencia y vínculos afectivos

Carmen ESCARTÍN ALCUBIERRE

Decía Heráclito que todo fluye, y que vivimos en un continuo cambio. La vida es, sobre todo, incertidumbre y confusión pues estamos sujetos a una constante provisionalidad en todo, y sin embargo, se suele vivir pensando que las cosas y las circunstancias durarán siempre, si alguien obtiene algo, piensa que es para toda la vida. La sospecha de que nuestra existencia es provisional provoca tal angustia, que se desestima mediante un mecanismo de negación que hace que el individuo se aferre a la idea de que vivirá siempre. Todo cambia y es momentáneo, los bienes, perduren o no, deben pasar de unos individuos a otros, hay una transmisión natural, y a veces el infortunio les confiere otro destino. El patrimonio de una persona es su propia historia y está sometido a los mismos avatares, comprendemos así el valor sentimental que adquieren los bienes acumulados durante toda una vida. Cuando alguien se ve obligado a vender su hacienda o legarla a los más allegados, está transfiriendo sus vivencias más personales, sus recuerdos, su historia unida a cada adquisición. Las propiedades adquieren un valor sentimental que entra en juego a la hora de donarlas, con ellas se intenta premiar a los herederos, escarmentar a algunos o castigar dejando sin premio a otros.

Otro uso indebido de los bienes acumulados es el chantaje emocional que se ejerce sobre los destinatarios, es decir, se imponen una serie de condiciones sin las cuales no hay herencia. El caso más típico es cuando alguien quiere asegurarse que lo cuiden en los años de la vejez ofreciendo a cambio sus posesiones, se convence así de que los familiares no lo abandonarán, y el que más y mejor lo cuida se lleva el premio. Esto está basado en unas relaciones humanas donde subyace una desconfianza tal a la generosidad y altruismo de las personas, que se presupone que el cariño no es suficiente y que sólo a cambio de algo se cuida a los demás. Esto es factible ya que podemos simplificar diciendo que aquella persona que más bienes ha acumulado en la vida es la que ha vivido entregada a los intereses materiales, primando esto por encima de los lazos afectivos, estas pautas y actitudes egoístas conllevan el que luego se presuponga un egoísmo despiadado en los familiares que supuestamente deban heredar. Afortunadamente para muchos el egoísmo no se hereda. El caso inverso también ocurre, el pariente más próximo que convive con la persona que dispone de patrimo-

nio o fortuna personal le exige mediante chantaje que conste en el testamento como único beneficiario, ya que si no lo abandonará a su suerte y no lo cuidará más, tema que John Rawls en su *Teoría de la Justicia* ya expone.

Existe toda una variedad de factores que contribuyen a que exista un caos humano a la hora de adjudicar y heredar las posesiones terrenales, y esto es así porque aunque parezca paradójico, lo que está en juego son sentimientos, no propiedades. Las conductas humanas están regidas por los afectos mucho más de lo que podría parecer, ya sean éstos el egoísmo, la avaricia, la envidia, los celos, el odio y el resentimiento acumulado durante años. Todo esto es lo que aparece en un testamento a la hora de dar o quitar, lo que provoca las eternas riñas, desavenencias familiares y acaba en rupturas familiares drásticas. La situación más abyecta ocurre cuando un sólo pariente consigue burlar la voluntad del testador mediante cláusulas que son engaños que aprovechan la ignorancia o decrepitud del que testa, para actuar en beneficio exclusivamente personal y en contra de otros beneficiarios. Estos pactos previos y chalaneos para quitar de aquí y de allá denotan una ínfima categoría moral y son producto, en muchas ocasiones, más que del mero egoísmo o avaricia, de cuentas pendientes que han dejado una gran dosis de resentimiento o venganza, ofreciendo el testamento la ocasión propicia de perjudicar y dañar a la persona odiada. Parece existir una ley incuestionable y es la maldición que pesa sobre toda propiedad adquirida indebidamente, la usurpación lleva implícito el castigo ya que todo lo que se obtiene inmerecidamente jamás se disfruta. Como cuando dice Habermas “la participación política concedida a los ciudadanos en el capitalismo avanzado es en gran medida ficticia”.

Todos los bienes materiales, sean éstos de cualquier categoría o especie, se transforman siempre en una medida de afecto, ese trasiego de posesiones que van pasando de unos a otros está inscrito dentro de lo que básicamente el ser humano cataloga como dar o recibir. Y es aquí donde entra de lleno el corazón, el ejemplo más inmediato y universal: lo que nos dan las personas que nos quieren tiene mucho más valor que lo que recibimos de otros. Esto es indiscutible, hay objetos o prendas que se convierten en auténticos talismanes, lo contrario también sucede, lo que recibimos sin cariño y como mero trámite de alguien para quien le somos indiferentes, no tiene el mismo apego emocional. Si damos algo a personas que previamente no hemos sabido conquistar su corazón, jamás valorarán en nada lo recibido y sólo primará el aspecto material exclusivamente. Idea que nos lleva a Rawls cuando propone: “Se debería buscar una estructura social que potenciara al máximo los beneficios de las personas menos favorecidas” Como vemos hay todo tipo de variantes, pero hay que saber que detrás de objetos y posesiones tenemos que buscar los lazos afectivos que discurren subterráneos y profundos. Esto se ve muy claro en las disputas y riñas acaloradas de las parejas que se divorcian y deben repartirse los enseres, la pelea y el forcejeo sobre los objetos más banales pone de manifiesto el dolor y el resentimiento que sienten los cónyuges acerca del daño que se ha inflingido a sus corazones.

Existen circunstancias en las cuales las posesiones materiales pierden su “nombre”, esto es, pierden su valor, su significado y se ignoran, sucede así en situaciones claramente de abuso y sometimiento, donde la persona sojuzgada literalmente sale huyendo. Sucede algo similar cuando el clima afectivo es tan gélido que frente a esa inanición emocional, las personas corren en busca de un mejor refugio sin valorar jamás la posible pérdida material que eso pueda implicar. Como vemos, las razones del corazón y la fuerza de los sentimientos tienen un peso importante a la hora de contrarrestar la avaricia y el egoísmo. Un autor como Otto Fenichel, que tan bien supo sistematizar los hallazgos de Freud, y ahondar en el estudio de las neurosis, nos dice en su libro *Teoría psicoanalítica de las neurosis*¹: “Las personas faltas de generosidad nunca dan nada a nadie, son personas frustrantes, es una venganza ya que viene a ser como no me han dado lo que yo quise, no daré a otros lo que ellos quieren”. Todos sabemos, y es algo obvio, que el talento es febril pero pocas veces avaro, la persona bendecida con ese don y dispuesta a sacarle el mayor partido aunque sea con el máximo esfuerzo, tiene asegurada en esta vida una recompensa y un disfrute que ninguna posesión podría nunca ofrecerle. Ya nos decía F. Nietzsche a propósito del superhombre: “cuando la existencia tiene un para qué, todo sufrimiento es más llevadero”.

El mejor retrato de la avaricia lo hace H. Balzac en *Papá Goriot*, la miseria de su riqueza queda patente en la destrucción que este hombre ha llevado a cabo a lo largo de su vida de todo vínculo afectivo en el núcleo familiar y en toda su vida de relación. Todo sentimiento de generosidad y cariño hacia quien lo rodea ha sido aniquilado en aras de la acumulación de riqueza, este afán ocupa toda la existencia y se convierte en la única meta del individuo. Podríamos decir, aunque parezca obvio, que todo avaro quiere ser rico, pero deberíamos puntualizar diciendo que lo que se busca a través de la riqueza es ejercer una superioridad sobre todo aquel que esté por debajo en poder económico, el ahorrador se priva para sentirse por encima de aquellos que tienen menos, consigue para sí un realce y una importancia de las que de otra forma carecería por completo. Es la forma que tiene de sentirse más importante y más valioso ante sus propios ojos, y ejercer de este modo un poder y una superioridad que tienen siempre por objeto, encubierto o no, humillar y rebajar al que tiene menos, disfrutan sintiéndose adorados por el menos pudiente, de la misma forma que ellos adoran al que ven que tiene más. Esta adoración encubre la máxima dosis de envidia, esto hay que dejarlo muy claro, si algo es intenso y desmedido en la persona ahorradora que roza lo miserable, es la gran envidia, rabia y odio que le producen los bienes materiales ajenos. La veneración aparatosa y el aprecio fingido hacia la persona que posee riquezas enmascara una intensa envidia, fomentándose esa relación “amistosa” sólo en función de la vanidad. Idea que nos conduce a Victoria Camps al afirmar que “la comunidad funciona como un principio de la ética”.

¹ Otto Fenichel, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Barcelona, Editorial Paidós, 1982.

Las propiedades materiales, en muchas ocasiones, sólo sirven para alimentar una vanidad maltrecha que no puede satisfacerse por otros cauces más creativos. La diferencia con un enriquecimiento conseguido a través del esfuerzo y la vocación por el trabajo, es que cuando está por medio la vanidad, nunca nada de lo conseguido es suficiente. Siempre se desea más y todo es poco para una ambición que hostiga la envidia.

En el libro *Poemas*², de Emily Dickinson, leemos: “El fue mi huésped/ y nunca hasta ese día/ podré decir si le invitaba a él/ o él me invitaba a mí” Es una forma bellísima de expresar lo valioso de las relaciones humanas, de la riqueza tan inmensa que supone la compañía y la amistad, la soledad ratifica el fracaso de nuestra existencia. No hay bien comparable a la compañía, y cualquier sustituto es mero sucedáneo, una actitud amorosa hacia los seres humanos es la base de la amistad, e implica un talante generoso, un carácter noble, un sentido de la lealtad, fidelidad, etc. Todo parece indicar que el interés puesto en bienes materiales no es fácil de compaginar con el interés hacia los seres humanos, la riqueza en sí no es un obstáculo que fomente la misantropía, pero si la meta esencial que uno se marca es la de enriquecerse, no cabe duda que el altruismo va a sufrir una gran merma. En la obra más importante de O. Fenichel antes citada, se explica esta situación en los siguientes términos: “La generosidad pronunciada como la mezquindad excesiva, pueden atribuirse a conflictos centrados en rasgos orales del carácter, que implican un anhelo por recibir o un deseo de dar. Existen actitudes pasivo-receptivas en las que se busca que alguien los cuide, los alimente, vivir a expensas de otro, al que se adhieren y a la vez le exigen que lo dé todo” Poniéndolo en términos extremos diríamos que el afán de atesorar bienes materiales sería una forma de voracidad que busca la acumulación de cosas para tener mucho de todo y más que nadie, este egoísmo de tinte tan primitivo lleva implícito el deseo de quitar a los demás a fin de tener mucho más que nadie.

José Antonio Marina en su libro *Ética para náufragos*³ expone ideas muy interesantes sobre lo que es la ética, pero destaco aquí a propósito de los sentimientos las descripciones que lleva a cabo en el capítulo VII: “La acción brota en el campo sentimental, las actitudes sentimentales son el fruto de la hibridación entre el afecto y la intención. No todos los sentimientos son iguales: los hay buenos y malos. Unos incitan a comportarse correctamente y otros a actuar con perversidad”. Más adelante define la generosidad en los siguientes términos: “Generoso procede de la misma raíz que engendrar. Es el que produce mucho, y da mucho” Es pues propio del talante generoso cultivar la comunicación entre las personas, impulsar el trato entre los hom-

² Emily Dickinson, *Poemas*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1987.

³ José Antonio Marina, *Ética para náufragos*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1995.

bres, no aislarse, poner los medios que conducen a la amenidad en sociedad, el espíritu de conciliación, el cariño y el respeto mutuo. Tal y como lo dice J. A. Marina en este libro, Kant considera que hay cuatro sentimientos que el ser humano ha de tener para que la vida humana sea posible. A saber: “El sentimiento moral, la conciencia moral, el amor al prójimo y el respeto por sí mismo, son predisposiciones del ánimo” Todo esto nos rubrica que si existe en la persona una necesidad de enriquecimiento que se antepone como prioridad en la vida, resulta fácil suponer que todos los demás valores y una mayor cualidad moral y humana queden ensombrecidos. El deterioro de los lazos humanos es evidente en sujetos donde prima el egoísmo, la codicia, y donde lo que se busca amasar la mayor fortuna posible. Apenas sí tienen cabida los vínculos familiares y de amistad verdadera, pasan a términos secundarios ya que prevalece siempre el interés del beneficio propio.

Es en las postrimerías de la vida cuando el acaudalado individuo amparado por sus propiedades materiales y tranquilo ya sobre los vaivenes de la fortuna, empieza a sentir un incrementado temor a la soledad y a la vejez. Durante todo el curso de nuestra existencia la soledad es una condición que, o bien estimula el miedo, o intensifica en grado sumo el temor provocado por otros medios. La compañía de otra persona, por el contrario, reduce el miedo en grado sumo. Los efectos tranquilizados de la presencia de un acompañante se ponen de manifiesto con absoluta claridad durante y después de un desastre. En el libro de John Bowlby *La separación afectiva*⁴ aclara algo muy importante acerca de la soledad: “El aislamiento más que provocar tensión como factor independiente, lo que hace es acentuar de manera notoria el efecto de otros agentes causantes de tensión. Parecería que el aislamiento multiplicase sus efectos, en lugar de sumarse meramente a ellos” La soledad actúa como amplificador de las tensiones o tormentas emocionales que pueda experimentar un sujeto, la compañía amortigua el dolor, la frustración y cualquier vivencia emocional insatisfactoria.

Queda claro que no es posible servir a dos amos, algunos corazones humanos necesitan de las personas y del calor humano que de ello surge, otras en cambio soslayan ese terreno y vuelcan toda pasión hacia las cosas materiales, luego esas mismas cosas son usadas como moneda de afecto para asegurarse compañía, la cual es comprada, por tanto, artificial y ficticia. Esto aumenta el descontento y las quejas de la persona que paga los servicios para sentir que no está sola, se vuelve exigente y desabrida porque en el fondo sabe que todo lo que ha conseguido es un calor humano comprado, y que si están a su lado es por dinero. En otros casos lo que hace es usar sus propiedades de señuelo para que la familia no lo abandone al saber la herencia que les corresponderá.

⁴ John Bowlby, *La separación afectiva*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1993.

La cuestión de a quién van a parar nuestras cosas es un tema ampliamente tratado en la literatura, tenemos ejemplos notables: en la novela de John Updike *En torno a la granja*⁵, la madre enferma desea dejar sus tierras al hijo, pero no le gusta su esposa, la cual también va a beneficiarse de la herencia, de ella dice: “Quiere el dinero que hay en estos acres de tierra” El hijo al final de la novela reconoce amargamente que no puede hacer compatibles a la granja y a su esposa Peggy, y ese hecho lo constata en términos de su gran fracaso. De la madre sabemos que su mayor deseo fue tener su propia granja, lo consiguió, pero tuvo que pagar el precio de la soledad, el hijo se fue del pequeño pueblo a la gran ciudad, su único hijo, y el padre se desentendió siempre ya que la granjera era ella. La madre vive rodeada de todas las cosas materiales que posee y guarda como tesoros todos los objetos que representan un recuerdo de su hijo, en definitiva lo único que tiene es soledad, y así muere, sola. El hijo siente un gran cariño hacia su madre, eso le lleva a desempeñar tareas de la granja con gran ahínco, ella ya no puede debido a su enfermedad, quiere hacerlo todo en un fin de semana, pero sobreviene la catástrofe. Para él esa granja es el lugar de sus recuerdos, de su infancia, de su historia, es parecido a la que nos cuenta A. Chejov en *El jardín de los cerezos*, sólo que aquí la propiedad se pone a la venta, y eso es como vender el paraíso, el sitio donde uno ha sido feliz y está unido a lo más íntimo de uno mismo.

En muchas ocasiones lo que se hereda es ya una ruina, como ocurre en esta novela y también en la vida, las cosas van perdiendo su valor, deja de ser un paraíso compartido y hay que deshacerse de la propiedad, ya sea porque no tiene valor, porque no existe continuidad, o porque no queda nadie. El lugar de los recuerdos queda destruido, con una excavadora como en *El jardín de los cerezos*, o con una venta ruinosa. Lo que la vida nos deja, el legado de nuestros antepasados, unido íntimamente a nuestros corazones, en las ocasiones en las que uno se ve obligado a desprenderse de ello, no sirven las mitificaciones ni los romanticismos, en la ética capitalista todo tiene un precio y las cosas tienen valor en tanto en cuanto son rentables. Hay que vender porque todo tiene una función, y como decía al principio, todo fluye, las propiedades y los recuerdos que albergan se desvanecen o son adquiridas por otros propietarios.

En la gran obra de León Tolstoi *La guerra y la paz*⁶ se suceden las pérdidas de grandes haciendas, los desastres y cambios drásticos en los protagonistas, y allí leemos las siguientes palabras del príncipe Andrés, el prometido de Natalia Rostov que yace herido a las puertas de la muerte: “Una nueva dicha se ha revelado en mí, una dicha que nadie podrá arrebatarme en lo sucesivo, una dicha independiente de toda influencia material: la del alma, ¡la del amor!” Conseguir este grado de sabiduría con

⁵ John Updike, *En torno a la granja*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1967.

⁶ León Tolstoi, *La guerra y la paz*, Barcelona, Editorial Juventud, 1991.

respecto a la vida resulta difícil, casi imposible para muchos. Todo esto nos deja como pista una idea que debe ir impregnando los corazones, nuestros bienes deben ir para quien nos ama. Las propiedades deben ser para aquel cuyo espíritu íntimamente las sepa apreciar y valorar. Tenemos un ejemplo notable de todo ello en la película de James Ivory *Regreso a Howards End*, basada en la novela de E. M. Forster con título en castellano *La mansión*⁷. El núcleo central de la obra gira en torno a los avatares que se van a producir cuando la legítima propietaria de la mansión Howards End otorga su propiedad poco antes de morir, a una amiga por la que siente un gran cariño a pesar de ser ésta una amistad reciente. Los hijos y el marido quedan sorprendidos por tal decisión y se ven excluidos de dicha herencia.

Si desgranamos el argumento de la película, a través de sus bellas imágenes se nos van contando cómo entre ambas mujeres surge una estrecha amistad y un entendimiento poco común, advertimos esa afinidad de espíritus hasta tal extremo que una vez fallecida la propietaria, su amiga va a ser como su reencarnación, según la doncella tiene la misma forma de caminar por la casa, el término que nos suscita esto es el de almas gemelas. A lo largo de la proyección hay una idea que irá tomando fuerza de forma contundente y que es precisamente el eslabón que une a una y otra mujer. Esto es, su amor por los antepasados, ambas están hechas de esa fibra por la cual reverencian, veneran y se nutren del espíritu de lo que han sido y han representado sus progenitores. Llevan el pasado a modo de aura, constituyendo la parte más esencial de su personalidad. Su esencia misma está en el amor a sus orígenes, a su infancia, a todo el legado de sus ancestros. La señora Wilcox tiene como símbolo de todo ello Howards End. Margaret tiene sus libros, los muebles, la alfombra y el sable. Ambas herencias van a quedar unidas. La tesis de la película es muy poética, muy romántica, como la atmósfera misma que lo envuelve todo. Nos dice que por encima de trámites legales, obstáculos familiares, papeles testamentarios que se hacen desaparecer, las cosas pertenecen al espíritu que las posee. Y estas tesis se mantienen en Max Weber al proclamar que “la esencia del capitalismo se encuentra en el fondo del protestantismo” Hace del calvinismo una “ascética del trabajo” que conduce hacia la búsqueda de un paraíso moral donde subsistir.

De forma casi rotunda podemos afirmar que nuestros bienes deben ir a parar a quien nos ama. De la misma forma que sólo podemos depositar nuestras confidencias y sufrimientos en alguien en quien realmente podamos confiar y que nos aprecia. Nuestro corazón tarde o temprano acaba por distinguir a los seres humanos que nos rodean. El poeta Luis Rosales en su último libro *Diario de una resurrección*⁸ dice que

⁷ E.M. Forster, *La mansión*, Madrid, Editorial Alianza Tres, 1985.

⁸ Luis Rosales, *Diario de una resurrección*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980.

“la vida es una herencia sucesiva”, no encuentro mejor frase que resuma el acontecer de la existencia humana. Queda patente cómo la siembra que lleva a cabo el individuo en su quehacer cotidiano y los hechos que jalonan su vida representan los “bienes” que la persona podrá contar en su haber para su propia satisfacción. Existe además un constante trasiego acerca de las cosas que la vida nos quita y nos da, las pérdidas se acumulan y compiten con los dones que vamos recibiendo. Los grandes deseos, las fuertes ambiciones, la vehemencia del éxito, pueden acabar como grandes desastres no dejando más que frustración y rencor.

La vileza más representativa de este apartado vendría en primer lugar ostentado por los “cazafortunas”, individuos/as desaprensivos que simulan unos sentimientos inexistentes para apropiarse y disfrutar de unas posesiones que sólo mediante el engaño y la seducción pueden alcanzar. Es una estafa al corazón de la víctima que deja tras de sí un reguero de desamor y fraude. Esta situación queda magistralmente descrita en la novela de Henry James *Washington Square*⁹, allí nos presenta un atractivo joven que dejará prendada a Catherine, heredera de una cuantiosa fortuna y próxima ya al apelativo de solterona. La fascinación que siente por el cortejo galante de la que es objeto la sume en un enamoramiento sin límites. El joven Morris, papel que interpretó en la gran pantalla Montgomery Clift en la inolvidable película *La heredera*, basada en esta novela, utiliza como arma de seducción el halago y la valoración que resultan infalibles para una mujer como Catherine que ha vivido siempre en la sombra, sin haber destacado nunca ni por sus encantos ni por su brillantez. Era pues fácil presa para un desaprensivo que persiguiera su riqueza y que se propusiera conquistarla. La galantería de Morris tiene la perversidad de hacer sentir a esta mujer, que nunca se ha sentido valiosa en nada ni valorada en ninguna faceta importante de su vida, como una mujer atractiva, encantadora e importante. Solamente el que un joven apuesto como Morris le prodigue atenciones y se haya fijado en ella, la convierte en un ser revalorizado para sí misma ya que nunca nada de su entorno le procuró el mínimo sentimiento de orgullo acerca de su persona. Su forma de ser, bondadosa y obediente, es una desilusión para el padre, ya que esperaba de ella una inquietud intelectual mayor, en cierta ocasión el padre se expresa en estos términos: “El doctor le dijo a su hermana Lavinia: trata de hacer de ella una mujer brillante, me gustaría que fuese una mujer inteligente”.

Lo importante de esta historia es el desenlace, las sospechas del padre hacia el galán que ha seducido a su hija se confirman en una entrevista que mantienen ambos. Su hija tardará un poco más en descubrir el engaño, y de la forma más dolorosa, cuando a ella no le quedaba ninguna duda razonable acerca de las intenciones de Morris, toda su fragilidad aparente desaparece para dar paso a una fuerza de carácter considerable

⁹ Henry James, *Washington Square*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1986.

que sabe hacer frente a los intentos del joven por casarse con ella. El señor Townsend llamará desesperadamente a la puerta de Catherine, pero ella no consentirá en abrirla, al igual que su corazón permanecerá cerrado. Su bondad y confianza en el ser humano has sido brutalmente desplazadas ante el conocimiento de la maldad que la ha golpeado en toda la inocencia de su corazón. Esta novela es un retrato muy preciso de la codicia del libertino que teje su engaño haciéndose pasar por un alma redimida en aras del amor.

Tenemos otro ejemplo más que notable en lo que se refiere a engaños y avaricia, esta vez nos llega a través de una obra importante como es *El Rey Lear*¹⁰ de W. Shakespeare. Todo gira en torno a la herencia del viejo Rey Lear que debe repartir su reino entre sus tres hijas, poco a poco el autor nos va dejando claro la deslealtad de unos y otros para con el venerable anciano, hacia el final del acto primero ya nos invade la decepción de la actitud de dos de sus hijas. Se hallan confabuladas para su propio provecho y les une sobre todo el desamor hacia el padre. Su ambición es tan grande que no deja lugar para sentimientos como el cariño, la conmiseración o la lástima. Pero he aquí que la hija de corazón noble como es Cordelia, al ser interrogada por su padre para saber cuánto le ama, es incapaz de expresar todo lo que su corazón siente hacia el padre. Leemos lo que dice Cordelia : “¡Infeliz de mí, que no puedo llevar dentro de mis labios el corazón!” El padre esperaba una locuacidad que permanece ausente, le increpa a enmendar sus palabras si no quiere ir en contra de sus intereses. Mientras tanto las otras dos hermanas se prodigan en palabras lisonjeras que halagan al viejo rey al ver el cariño que le profesan sus hijas. A esto responde Cordelia: “El tiempo descubrirá lo que encubren los pliegues de la astucia. ¡A los que encubren sus faltas, al fin los escarnece la vergüenza!” Pronto el Rey Lear se va a arrepentir de sus falsas conclusiones, en su juicio precipitado sobre los sentimientos de sus hijas se ha dejado engañar por lo más burdo, las huecas palabras de alguien cuyos intereses son tan apreciados que obligan a la lengua a proferir palabras y lisonjas que no sienten y obedecen a los sentimientos más opuestos de un corazón noble. Idea que nos recuerda Heidegger cuando opina: Los poetas sueñan en lugar de actuar”.

La conciencia moral de un individuo no la dicta su razón, sino sus sentimientos, de la calidad de éstos va a depender del juicio de valor que haga de sus actos y de los hechos. Según el filósofo David Hume no es la razón la que decide lo que decimos y lo que hacemos, son nuestros sentimientos. Según Hume todo el mundo tiene ciertos sentimientos hacia el bien de los demás, tenemos capacidad de mostrar compasión, pero todo esto no tiene nada que ver con la razón. Actuar con rectitud no equivale a agudizar la razón, sino a agudizar los sentimientos que uno tiene hacia los demás. Esto es muy importante definirlo en estos términos ya que en lo que se refiere a la ética

¹⁰ William Shakespeare, *El Rey Lear*, Madrid, Obras completas, tomo II, Aguilar, 1992.

y a la moral, los racionalistas habían opinado que es inherente a la razón del hombre el saber distinguir entre el bien y el mal. Esta idea del Derecho Natural está presente desde Sócrates a Locke, pero como ya hemos dicho, no podemos probar con la razón cómo debemos actuar. No va en contra del pensamiento el preferir la destrucción del mundo entero a tener un rasguño en un dedo, va en contra de los sentimientos.

Si tuviera que definir lo que entiendo por Categoría Humana, lo expresaría en términos cualitativos acerca de todo lo que puede albergar el corazón del individuo. Cuando impera más lo humano por encima de cualquier otra cosa estaría representando la categoría moral de un ser humano en un grado muy superior al de cualquier otro que anteponga unos valores diferentes. Pondré un ejemplo, las personas muy profesionales en su entrega a los demás y con un alto grado vocacional, llevan dentro un sustrato vivencial, donde lo humano precede y se convierte en primordial. Por el contrario, las personas sin vocación aparente, con una identidad escasa de sí mismos, sin un alto grado de compromiso con nada, y con una clara tendencia a tener como única meta el amor por el dinero y las posesiones, estarían degradando la calidad de los sentimientos humanos. Esta escala moral que podemos hallar en los individuos es importante tenerla en cuenta, para saber con qué elementos y parámetros nos movemos entre una persona y otra. A este respecto, merece la pena citar aquí las palabras de Erik H. Erikson en su libro *Identidad*¹¹ cuando dice: "Los modos que tiene la comunidad de identificar al individuo se ajustan con más o menos éxito a los modos de identificarse con otros por parte del individuo".

Las personas utilizan en general unos patrones habituales en su relación con los demás, de tal forma que funcionaría a modo de código mediante el cual se definen ante los otros, la identidad personal es forzada a expresarse al amparo de algún modo determinado y muy preciso, que otorga al sujeto la mayor parte de su definición como persona. En muchas ocasiones, son la riqueza y los bienes materiales lo que se emplea a modo de muleta en la que apoyar una escasa definición de uno mismo en otros parámetros más globales como ser humano. La ambición desmedida hay que entenderla bajo estos términos, es la pobreza que anida en otros territorios de la personalidad que han quedado a la sombra de cualquier posible valoración lo que hace que el dinero tenga ese valor tan primordial. La necesidad inherente a todo ser humano de buscar valoración hará que un individuo de las características descritas sólo pueda valorarse si amasa una gran fortuna y patrimonio. Una persona con poca valoración de sí misma por la causa que fuere, tenderá a desvalorizar a los demás siempre que pueda, y a la inversa, sentirá gran envidia sobre todo aquél que sienta que está por encima de él. El eterno juego en el que estará inmerso consiste en sentirse de menos, y a la vez, cuando tenga ocasión, en hacer de menos a los demás.

¹¹ Erik H. Erikson, *Identidad*, Madrid, Taurus Ediciones, 1980.

A pesar de los años transcurridos, las teorías formuladas por Melanie Klein sobre la envidia, mantienen en algunos aspectos una gran frescura, en su libro *Envidia y gratitud*¹² nos aclara cosas muy importantes sobre el tema y describe certeramente los modos y maneras en que las personas se manejan con la envidia, merece la pena detallar aquí lo que cuenta esta autora: “La defensa contra la envidia a menudo toma la forma de desvalorización. He sugerido que arruinar y desvalorizar se hallan en la esencia de la envidia. Una persona que ha sido desvalorizada ya no necesita ser envidiada. Despertar la envidia en otros es un método frecuente de defensa, por medio de éxito, de los propios bienes y de la buena suerte, se invierte la situación en que se experimentada la envidia” “La mayor parte de las veces el odio no se expresa como tal, sin que toma caracteres de indiferencia, la actitud aliada a esto consistirá en apartarse del contacto con las personas y evitar una relación más estrecha”.

Como vemos son palabras muy clarificadoras con respecto a los sentimientos degradados que puede sentir el ser humano, podemos incluir en las actitudes envidiosas las ganas de humillar, rebajar, descalificar, sacar faltas y ser muy crítico o exigente. Cualquier mérito ajeno ofende y provoca rabia, aumentando con ello en sentimiento de fracasado que tiene el envidioso. en el polo opuesto estaría el Sentimiento de Gratitud, se expresa como generosidad y consideración. Ello significa que es posible amar a la gente a pesar de sus defectos. Hay personas que tienen la capacidad de hacerse querer, sobre esto M. Klein nos dice: “Un carácter sincero y genuino provoca respeto frente a la integridad de que hace gala” En su obra no deja de destacar la importancia que tiene en el individuo el carácter que posee, va a condicionar su vida de relación, sus logros, los sentimientos de aprecio o de rechazo por parte de los demás etc. El carácter generoso ejerce una notable influencia en el corazón de las personas, ya que provoca una mayor confianza en la bondad del ser humano, de la humanidad en general. Heráclito dijo que el carácter del hombre es su destino. Educarlo significa, pues, educar el destino, hay que devolver el prestigio perdido a la educación moral de los individuos. Hay que hacer más hincapié en los valores más elevados a los que debe aspirar el ser humano, habrá que perseguir metas más trascendentales que le den al hombre la dimensión real de su propia esencia, conferirle la trascendencia de un sentido eterno a las obras que lleve a cabo, lo efímero no sólo es banal, sino desmerecedor para la condición humana.

Cuando se recibe algo de forma pasiva, sin que intervengan para nada los méritos propios, es difícil tarea sentir el respeto necesario hacia dicho patrimonio como para incrementarlo o conservarlo. Habitualmente se suele buscar el beneficio inmediato con una venta apresurada, de tal forma, que la herencia pasa a ser una lotería inesperada que se disfruta de forma efímera y fugaz. Lo que ocurre pocas veces es la continuidad

¹² Melanie Klein, *Envidia y gratitud*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1988.

en el empeño de mantener la heredad, cuidarla y poner el mismo esmero con el que fue adquirida paso a paso.

La figura de heredero/a, si hacemos un retrato robot, es aquel que se siente con el derecho de percibir unas propiedades que le pertenecen por parentesco o linaje. Esto puede tener un efecto bastante devastador sobre la personalidad del individuo, ya que esa situación acomodaticia y generosa de la vida para con él, le impide colocarse en una situación más participativa acerca de las cosas que uno debe conseguir por sí mismo en la existencia propia. La ausencia de adversidad, las situaciones fáciles y cómodas, actúan de forma adversa o nociva para el desarrollo de la persona. Lo mejor de uno mismo sólo se puede valorar cuando se enfrenta a determinados retos o desafíos que le suponen una dificultad y a la vez una satisfacción al resolverlos. Lo contrario, es un desmerecimiento constante, ya que no existen estímulos que otorguen la mínima recompensa a los méritos propios. Esto puede ser una perpetua fuente de insatisfacción o descontento consigo mismo, una vivencia de bienestar que debe ser atribuida al esfuerzo ajeno, a la lucha de otros, el sentimiento de fracaso planea en el aire, tal y como David Riesman estima en *La muchedumbre solitaria*.

Esta imagen fracasada, libertina, un tanto cínica y desafiante, ha sido retratada multitud de veces en películas al estilo Hollywood, donde el hijo heredero de una saga de millonarios o terratenientes, llevaba una vida anegada en el vicio. Es fácil comprender que la falta de confianza y credibilidad en la capacidad que se posee, obliga a denigrarse debido a la falta de autoestima que provoca el no tener nada a lo que asirse para poderse valorar. Hemos de destacar como hecho frecuente, el que la mayoría de las veces los padres que han levantado grandes imperios se comportan de forma muy despótica hacia el hijo varón heredero, lo tratan de forma abiertamente hostil y despreciativa, rizando la humillación y achantándolos siempre que es posible. Suelen ser hijos denigrados y humillados por el padre todopoderoso que ostenta sin pudor su soberbia y crueldad.

Merece la pena detenernos en esto y ampliar un poco el porqué de esta situación bastante frecuente, el padre orgulloso del emporio que con su valía ha conseguido lo utiliza constantemente como ostentación de su vanidad y presunción, pero lo más pernicioso es cuando se usa además como medio para humillar y rebajar a todo aquel que no ha conseguido lo mismo. La tiranía y el desprecio consiste en tratar a los demás dejando claro su inferioridad y falta de valía, la comparación constante para poner de manifiesto la superioridad del padre deja siempre explícita la inferioridad del hijo. Esta lamentable situación se produce porque existe una degradación de los sentimientos del padre sobre el cariño que debería sentir por su hijo, hay una transposición de afectos donde el orgullo y la soberbia impera más que el natural aprecio y reconocimiento que un padre debiera sentir por su hijo. Generalmente, para que eso suceda, la vanidad y la ambición del padre suele ser muy desmedida, no conoce límites, y eso deja un poso constante de que nunca nada es suficiente.

Paradójicamente, un individuo de estas características jamás está satisfecho con lo conseguido, es difícil que pueda sentirse bien consigo mismo, su empeño de superioridad deja abiertos muchos flancos de inseguridad. La felicidad es una virtud que la proporcionan los buenos sentimientos, sin ellos, se puede ser un triunfador, pero no un hombre feliz. Subyace subrepticamente la necesidad de rebajar, menospreciar y humillar al hijo en una franca hostilidad competitiva. Querrá tenerlo dominado y necesitando de su constante servidumbre y veneración, lo que se va fraguando por dentro es un intenso odio del hijo, el cual jamás podrá rebelarse, ya que no dispone de la valoración suficiente, ni de la estima necesaria para saberse respetar así mismo. El hijo permanecerá sumiso ante el progenitor que lo haya desvalorizado, careciendo de todo sentido crítico y de la suficiente valoración como para sentir una mayor confianza en sí mismo que le permita ejercer una rol diferente en las relaciones familiares.

Los herederos de grandes fortunas amasadas por sus antepasados tienen difícil sobrevivir a ellas con un cierto grado de dignidad, ya que son sujetos pasivos de méritos ajenos. Resulta difícil sobreponerse al título de parásito y encauzar la propia vida con el esfuerzo personal que desarrolle al máximo todas las posibilidades del individuo. Tenemos un buen ejemplo de ello en la novela de Marguerite Duras *El amante de la China del norte*¹³, él es el único heredero de la fortuna de su padre, ya que es hijo de su primera mujer. Reconoce que su padre es un genio para los negocios y que su única obligación es jugar a las cartas y fumar opio, le dice a ella que siempre que tiene algún problema, se resuelve con dinero y nunca pasa nada. Con el asunto de la niña ocurrirá lo mismo, el padre se va a encargar de pagar fuertes sumas de dinero a la familia, deben irse para cuando tenga lugar la boda del hijo con la novia que se le ha asignado. El amante está ajeno a su propio destino, deja que las cosas sucedan según el orden natural de su familia, de la ley dictada por su padre. Lo más expresivo de su vida acontece al conocer a la niña, le acaricia la cara y dice: "Es divertido, la felicidad viene de golpe, como la ira".

El consumo y las propiedades serían dos buenos parámetros de los valores que antepone una sociedad mercantilista, pero esto no es nuevo, apenas definitorio de una época como la nuestra. En cada momento histórico el mundo del dinero y las posesiones imponen diferentes pautas y contraseñas. En la situación actual lo que debe ser venerado y reconocido como bien supremo son los avances científicos y el progreso tecnológico. El dinero sólo corre en una dirección, la de los avances técnicos y lo que la ciencia dicte. Todo lo que no esté impregnado con ese tinte deja de ser moderno, competitivo, racional y pasa a ser obsoleto y tercermundista. Estos son los valores a los que parece sirve el capital en estos momentos, hay un desasosiego tremendo y un horror cerval a que uno no esté al corriente de los nuevos avances en el campo a que se dedique. La ignorancia está permitida, pero no la desinformación de lo nuevo, de

¹³ Marguerite Duras, *El amante de la China del norte*, Barcelona, Tusquets Editores, 1991.

lo último. El concepto de saber más o menos se ha transformado por el de estar o no informado, es un aprendizaje pasivo, no se promueve desde dentro del sujeto, sino que viene desde fuera, sistematizado, electrificado y “formateado”. El placer no está tanto en el hallazgo como en la dificultosa búsqueda, la cual implica destreza, no conocimientos.

El mundo del saber, de las ideas, de la experiencia, está supeditado a la ingente cantidad de información de que se dispone sobre cada tema, todo hallazgo personal puede ser víctima de la desinformación previa de la ya existente. Esto paraliza y desconcierta, lejos de promover la creatividad personal, la adormece y relega al segundo puesto, el primero corresponde a estar informado de lo que otros han dicho o hecho. Esta avalancha deja al ser humano más desprotegido, su aportación debe quedar relegada al trabajo en equipo, el grupo sirve de escudo protector que da fuerza e identidad, la idea omnipresente es que uno por sí sólo no puede llegar a ninguna parte. La base de todo progreso ha quedado relegado a los equipos científicos de las grandes multinacionales de la ciencia y la informática, la histórica frase de John F. Kennedy de “un hombre puede marcar la diferencia”, ha quedado totalmente sin sentido.

La fe en el progreso ha quedado depositado en la tecnología, no en el hombre como centro del universo, lo humano ha sido desmerecido frente a la máquina, las dimensiones de la potencia y capacidad de la persona han sido desbancadas por la velocidad tecnológica, ilimitada y poderosa, se ha convertido en deidad todopoderosa, fuente de adoración. La tecnología es el becerro de oro de esta sociedad, el individuo ha perdido su rango que lo colocaba en el vértice de la jerarquía cósmica, los avances técnicos sólo ponen de manifiesto sus limitaciones. La inteligencia artificial nos acecha, será una realidad en breve, el hombre de hoy es un hombre amedrentado por sus propios avances. Lo humano ha perdido categoría y credibilidad, es poco menos que desdeñable frente a la técnica y los logros de cualquier máquina. Es como si la dignidad de la condición humana perdiera enteros ante el progreso, pierde su valor la proeza personal frente a la agilidad de datos obtenidos en segundos.

Seguirá existiendo una realidad incuestionable, las cosas se relacionan entre sí, unos hechos tienen relación con otros, y eso está ahí, pero sólo al hombre le corresponde la misión de hallar esa explicación pertinente que suponga un salto en el vacío. La chispa prodigiosa, el ingenio repentino, el portento de la imaginación están en manos de unos pocos hombres que son los que configuran un paso adelante en una civilización. El mejor patrimonio de todos es uno mismo, poco importan los bienes acumulados o los que se heredan de forma pasiva al fallecer los progenitores. Lo importante es la capacidad propia para alcanzar en la vida nuestras metas, éstas deben ser un desafío a uno mismo, no una cuestión competitiva que nos lleva a la comparación y a la vanidad. Decía Aristóteles que el ser humano solamente será feliz si utiliza todas sus capacidades y posibilidades, esto no conlleva ninguna idea acerca de los bienes materiales

que uno pueda atesorar, pues como afirma John Rawls “es más importante hacer el bien que hacer Justicia” Las posesiones espirituales se convierten en el símbolo de la Eternidad.